

TJALARA DRAPER

FLAMAS
DE
M
A
R
T
E

CAMBIAFORMAS
CELESTIALES
LIBRO 2



TRADUCCIÓN A CARGO DE
LISSETHE HERRERA

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1

Piñas coladas e histeria

Capítulo 2

El triturador de perros

Capítulo 3

Naricita de botón

Capítulo 4

Chihuahuas ladrones

Capítulo 5

¿Qué eres?

Capítulo 6

Comunicaciones aeriformes

Capítulo 7

¿Destrozada sin remedio?

Capítulo 8

Agujita de Diamantium

Capítulo 9

Problemas escritos en toda la cara

Capítulo 10

Rastros desconocidos

Capítulo 11

«¿Qué demonios?» sigue siendo lo primero que se me viene a la mente

Capítulo 12

Helix Hoax

Capítulo 13

Aquí, gatito, gatito

Capítulo 14

Es hora de dejarse de lamentos

Capítulo 15

Peleadora sucia

Capítulo 16

Sé lo que significa la canela

Capítulo 17

Hablando de arrojar...

Capítulo 18

Estatua de cristal Swarovski

Capítulo 19

Que el Cielo se apiade

Capítulo 20

Zhivotza

Capítulo 21

Sucio secretito

Capítulo 22

Bucear entre cadáveres

Capítulo 23

Si no podemos pasar desapercibidos, destaquemos

Capítulo 24

Verde absenta

Capítulo 25

No seas tan ingenua

Capítulo 26

Pliokai

Epílogo

Notas

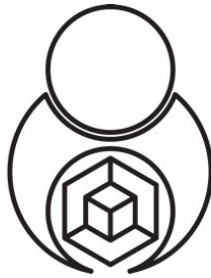
Agradecimientos

SOBRE LA AUTHOR

Otras Obras de Tjalara Draper

SOBRE LA TRADUCTORA

PIÑAS COLADAS E HISTERIA



UN GRITO DESTROZÓ LAS CUERDAS VOCALES DE VIOLET CHAMBERS. SIN embargo, aquel dolor no se comparaba con el insoportable tormento de la contracción que atenazaba la totalidad de su torso.

«¡No existen suficientes analgésicos en el mundo para esto! Este bebé tiene que salir. ¡Ya!».

A medida que la contracción disminuía, su grito se redujo hasta convertirse en un débil quejido. Continuó gimiendo y apretando los dientes hasta que, milagrosamente, el dolor de su vientre cedió.

—Lo estás haciendo muy bien. —La voz de Autumn sonaba adolorida, ya fuera por el estrés o por cómo le había apretado la mano con fuerza.

No le importaba. Su amiga podía soportar una mano aplastada si ella tenía que soportar la tortura de expulsar algo del tamaño de una sandía por sus partes íntimas.

Las oleadas de agonía habían aumentado con cada contracción desde que se le había inducido el parto hacía unas horas. Sin duda la última había sido la peor. Su único respiro durante el proceso eran los pequeños intervalos de alivio que experimentaba durante cada contracción; no obstante, las malditas se habían sucedido cada vez con mayor rapidez, provocando que estos fueran más breves.

—Voy a... Eh... Traerte más hielo —se zafó. A continuación, separó los dedos que la retenían, sacudió su mano con un pequeño quejido y abandonó corriendo la sala de partos.

Violet se recostó contra las almohadas en un intento por ponerse cómoda, lo cual le resultó casi imposible al contar con una barriga del tamaño de un balón de playa y al ser consciente de que la próxima y dolorosa contracción que la invadiría no tardaría en llegar.

—¿Qué tal? —La partera acarició su frente con un paño húmedo—. ¿Cómo lo llevas, querida?

Respondió con un fingido y entusiasmado pulgar hacia arriba.

—Sensacional. No sé por qué todo el mundo exagera con eso del parto. Es como estar sentada en la playa, tomando una piña colada.

La mujer le dedicó una amable sonrisa.

—¿Dónde está Dawn? —decidió preguntar—. Hace mucho que no regresa.

—Vendrá cuando se le necesite —respondió calmadamente. A pesar de ello, no le pasó desapercibida la mirada de preocupación que dirigió hacia la puerta.

La tía de Autumn, Dawn Farrow, era la doctora de *Maple Shire*. Solía ser una famosa doctora en la gran ciudad, mas cuando se quedó embarazada del primo de Autumn, Gus, abandonó esa vida para unirse a su hermana en el humilde complejo de la comunidad. Al parecer, la atención médica y la accesibilidad del lugar eran pésimas cuando llegó, por lo que necesitó cobrar favores a sus colegas hasta que logró contar con los mejores equipos y suministros médicos para atender no solo a los residentes del lugar, sino también a comunidades vecinas.

Si hubiera sido capaz de pensar en algo que no fueran los intentos del bebé por desgarrarle el vientre, quizás habría agradecido el hecho de no estar dando a luz en condiciones similares a las de la Edad Media. O al menos así lo había descrito la doctora.

Violet luchó por incorporarse mientras que la partera —Macie, recordó por fin— le colocaba unos cojines detrás de la espalda para que se apoyara. La mujer era relativamente nueva en la comunidad. Además de en sus últimas consultas prenatales, no había tenido la oportunidad de hablar mucho con ella; aun así, no había evitado

notar su porte reservado y su mirada que, en ocasiones, se mostraba atormentada. Era capaz de reconocer cuando alguien lidiaba con algún tipo de trauma del pasado, por lo que respetaba que quisiera ser reservada.

Macie echó un vistazo al monitor que había junto a la cama, donde se encontraban los tubos y cables conectados a su estómago. No sabía qué significaban las líneas onduladas de la pantalla ni a qué se referían los números, solo era consciente de que la máquina registraba su frecuencia cardíaca y la de su bebé.

Su abdomen volvió a estrecharse.

—Oh nooooo. —Se estremeció y profirió un leve quejido a la vez que sus piernas se retorcían.

Fue capaz de ver a Dawn y Gus entrar corriendo por la puerta. La mujer comenzó a conversar con ellos, mas no fue capaz de escuchar sino fragmentos por encima de sus crecientes gemidos.

—... El ritmo cardíaco del bebé disminuye con cada contracción...

—... Se está agotando el tiempo de parto...

—... Los otros están listos...

—... Llévala a la sala de operaciones...

Apenas fue consciente de que su cama se movía, sus quejidos atormentados y la gravedad de la contracción ahogaban el resto del mundo.

—¿Qué está pasando? —consiguió decir con los dientes apretados, cuestión que se perdió bajo las órdenes proferidas por la doctora hacia sus acompañantes.

Cuando intentó volver a preguntar, su tortuoso dolor de estómago se prolongó hasta que sus gritos alcanzaron un nuevo nivel de intensidad.

Lo siguiente que supo fue que Gus, quien llevaba puesta una mascarilla de cirujano que le ocultaba la cara parcialmente mientras que una gorra cubría su pelo castaño oscuro, la miraba. Le hablaba, le explicaba... algo, pero ella no lograba entender nada. La partera y él la sentaron una vez que la contracción terminó.

—Violet —escuchó la voz tranquila de Dawn detrás de ella—, voy a ponerte anestesia epidural para que no sientas nada, ¿sí? Pero voy

a necesitar que te acurruques en posición fetal y la mantengas lo más fuerte que puedas.

—¿Qué? —chilló—. ¿Cómo demonios sugieres que lo haga con esta maldita pelota de playa que tengo por barriga? —El resto de sus palabras se transformaron en un grito de dolor cuando otra contracción le oprimió el abdomen.

Las instrucciones posteriores acallaron sus gemidos.

—Necesito que te quedes quieta. Es muy importante que no te muevas.

Una oleada de insultos se encontraba sobre la punta de su lengua, misma que fue interrumpida por su posterior aullido de agonía. ¿Cómo se esperaba que se mantuviera quieta? Necesitaba salir de allí. Necesitaba analgésicos más potentes. Necesitaba que el bebé naciera. Quería regresar a casa, a *Brookhaven*, donde la preparatoria había supuesto el mayor de sus problemas.

Su habitación en la casa de Nathan se había convertido en su refugio desde que la había acogido. ¡Cómo deseaba acurrucarse en su cama en lo que esperaba a que sus agonizantes contracciones concluyeran!

Aunque sabía que no podía volver. No después de que Nathan la traicionara. No después de que hubiera regresado y se lo hubiera encontrado junto al mentiroso y traidor de Thane en su cocina.

Mientras que su trauma había suprimido los recuerdos de los secuestradores que la habían raptado a ella y a su mejor amiga, Lyla-Rose Branstone, él había sabido desde el principio que Thane era cómplice de su asesinato. Y nunca se lo había dicho. Nunca intentó protegerla. En su lugar, lo trajo a su casa, a su santuario, como si fuera un viejo amigo y no un criminal manipulador que le había destrozado el corazón de un modo irreparable.

Era culpa de Thane que ella se encontrara en ese momento en la enfermería de *Maple Shire* y que gritara como loca al tiempo en que su cuerpo se desgarraba por dentro. No había vuelto a verlo desde el día en que descubrió su verdadera identidad. Qué ganas tenía de ponerle las manos alrededor de la garganta, y de clavarle las uñas en su estúpido cuello con su estúpido tatuaje de escorpión de cristal.

Y a pesar de todo...

Su contracción se intensificó hasta alcanzar niveles de dolor inimaginables, los cuales no permitieron que se extinguiera la pizca de añoranza que sentía al pensar en poder tener a Nathan, e incluso a Thane, a su lado. Al primero por su inquebrantable apoyo paternal, y al segundo por su...

«¡No! Thane es el malo. ¡El MALO!», se recordó. Su mandíbula se apretó con una fuerza que amenazaba con romperle los dientes. No podía permitirse olvidar aquello. Jamás.

Un pinchazo agudo apuñaló su espalda. En cuestión de segundos, el entumecimiento inundó su cuerpo y sus quejidos se perdieron en sus labios. Con la ayuda de Gus, Macie y otro doctor que había visto en los alrededores, fue trasladada a otra cama, donde yació recta.

El rostro de Dawn, igualmente cubierto por una máscara quirúrgica, inundó su campo de visión.

—¿Qué...? ¿Qué está pasando? —volvió a preguntar; sus palabras casi habían sido estranguladas por sus sollozos acompañados de hipidos.

—Lo lamento mucho, Violet. —La mascarilla amortiguaba su voz—. Con el descenso del ritmo cardíaco del bebé, no podemos esperar a que la dilatación alcance los diez centímetros. Tenemos que hacer una cesárea de emergencia. Todo se encuentra bajo control, pero si no lo hacemos, podríamos perderlos a ambos.

Su respiración se tornó agitada; cada inhalación era más entrecortada que la anterior, esta vez a causa del miedo más que por el dolor.

—¿Mi bebé está bien?

—Todo está bien, Violet. —La voz de Gus era baja y tranquilizadora—. Tenemos un buen margen de tiempo para que tu bebé nazca sano y salvo. —Acercó una silla y se sentó a su lado.

Asintió y cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas se derramaban sobre sus sienes y cabello.

—No te preocupes. —Su amigo se las secó con una mano enguantada—. No voy a apartarme de tu lado.

Cuando conoció a August, este era un aficionado a los jeans rotos y a la joyería turquesa y cobriza, además de hallarse

estudiando poesía griega y confección en la universidad. Sin embargo, resultó que tenía verdadero talento para la medicina, la cual había estado evitando por razones que ella desconocía. No fue sino hasta que se desmayó y se cortó los pies con unos cristales rotos meses atrás, que él decidió volver a ayudar a su madre en la enfermería. Sus conocimientos y su talento eran asombrosos. Si alguna vez volvía a estudiar medicina, podría incluso alcanzar su nivel. Formaban un equipo fenomenal, además de que Dawn era una mentora orgullosa y entusiasta.

No obstante, por mucho que confiara en sus habilidades, nada de lo que él le dijera podría aliviar su pánico, su tormento o su interminable inventario de preguntas. La histeria se disparó en su interior al darse cuenta de que tenía el cuerpo entumecido por debajo de las axilas y que lo único que podía mover eran los brazos y la cabeza.

Jamás se había sentido tan atrapada.

«Mi bebé. ¿Qué tiene mi bebé? ¿Está bien? ¿Y si no pueden sacarlo a tiempo?».

Sus ojos recorrieron el techo. El terror y la incertidumbre habrían bastado para paralizarla si la aguja no lo hubiera hecho ya con su cuerpo. Ojalá la anestesia hubiera hecho lo mismo con sus pensamientos.

Los minutos que siguieron fueron borrosos, un ajetreo que incluía a Dawn, Gus, Macie, el otro doctor y varias otras enfermeras que entraban y salían de su campo de visión. Una sábana azul colgaba del techo, impidiéndole ver la parte inferior de su pecho.

Gus no paraba de darle ánimos, explicaciones y, a veces, le soltaba algún que otro dato trivial para distraerla. De vez en cuando, asentía con la cabeza —siendo este el único control que aún tenía sobre su cuerpo— mientras las lágrimas recorrían su rostro. Por lo que le pareció una eternidad, respiró y lloró lo más silenciosamente posible.

Su pánico se había concentrado en una única preocupación que resonaba una y otra vez en su mente.

«Mi bebé. Mi bebé. Mi bebé...».

Fue entonces cuando la charla de Gus se detuvo una vez que un pequeño grito atravesó el recinto.

En un instante, toda su ansiedad se desintegró. Observó a su acompañante, que tenía el rostro radiante.

Escuchó la voz de Dawn al otro lado de la sábana azul:

—¡Bien hecho, Violet! ¡Felicidades! ¡Diste a luz a una niña preciosa!

Gus dejó escapar su propia emoción mientras ella sonreía, su torrente de lágrimas ahora era a causa de la alegría. Su bebé estaba bien. Que llorara estaba bien, ¿no?

—¿Puedo verla? —pidió—. ¿Dónde está?

—En un momento —respondió ella—. Solo falta que Macie la pese y la revise. También necesitamos cerrar la incisión.

Su amigo le dio unas palmaditas en el hombro.

—Pronto podrás tenerla en brazos.

Justo antes de que pudiera asentir, la voz de la partera atravesó la habitación.

—¡Dawn! Te necesito. ¡Ya!

Todo pensamiento y sentimiento coherente pareció haber abandonado su cabeza.

Pasaron unos instantes en silencio después de que la doctora desapareciera de su vista. Sin atreverse a respirar, Violet esperó. Y esperó.

En eso Dawn gritó:

—¡Todo el mundo fuera!

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: <http://www.ebooks2go.com>